

1995,0601 NO ME DIGAS QUE FUE UN SUEÑO

Era ya pasada la media noche cuando, después de un largo viaje, regresé a mi casa. Una manzana y un yogur fueron mi cena antes de meterme en cama. No podía dormir. Por la noche, las cosas se ven muy negras; pero, en realidad, los riesgos que corremos cuando nos ponemos en carretera no son pocos, aumentados por los excesos de velocidad. En cualquier curva, en cualquiera de esos adelantamientos indebidos podían haber acabado todas las prisas. Si pensamos que después de un viaje lo que normalmente hacemos, casi todos y casi siempre, es cambiar de asiento: sustituimos el confortable del coche por otro en la casa. Y con nuestras prisas, injustificadas, lo que podemos conseguir es que ese asiento casero que nos aguarda se quede esperando por siempre jamás, indefinidamente.

Estas ideas y otras de esta índole no dejaban de bullir por mi cabeza desvelándome. Los relojes marcaban las una, las dos, la tres..., del tráfico de carretera pasaba a representármeme el tráfigo ciudadano. Recordaba como el verano anterior, teniendo que ir diariamente a traumatología para que se me aplicaran unas sesiones de rehabilitación, tanto el viaje de ida, como el de vuelta, eran un verdadero calvario. La ciudad congestionada por los vehículos -nada menos parecido a esas bucólicas escenas que determinados partidos políticos nos meten en los buzones en campañas electorales- y uno, aprisionado en esa selva de asfalto, ante la que te sientes impotente, sin poder evadirte. Si algún día optaba por el autobús, peor que peor, las largas esperas en las paradas, la lentitud y los vaivenes de ese antiestético armatoste rojo, contaminante e incómodo, era desesperante.

Las manecillas de los relojes, inexcusablemente, seguían dando vueltas: las cuatro, las cinco..., pensaba como entre todos estábamos consiguiendo hacer de las ciudades, en vez de un lugar grato donde vivir, unos inmensos cementerios de automóviles, invadiendo calles, aceras, jardines, pasos peatonales, etc. etc. Estáticamente el panorama ante el que me encontraba no podía ser mas triste y denigrante; pero aún lo era peor cuando esos pequeños monstruos se ponían en movimiento: atascos por todos sitios, excesos de velocidad, incumplimiento de las señales de tráfico, estacionamientos en doble fila. Si a esto le aumentamos los incesantes ruidos producidos por motores, tubos de escape, claxons, insultos e improprios entre

conductores o/y viandantes, llegamos a la conclusión que o somos unos masoquistas o unos ineptos.

Con estas desagradables visiones, ya amaneciendo, debí conciliar el sueño. Me levanté sobre las diez de la mañana y, después de asearme y vestirme, mientras mi mujer me preparaba el desayuno, bajé a la calle con la intención de comprar "La Crónica". Mi sorpresa, nada más poner el pie en la acera, fue mayúscula. En la calle Solarillo no había un solo coche. En su lugar, alineados por los bordillos de las aceras una hilera de árboles jalonaban todo el trayecto presentando un magnífico aspecto, al que colaboraba el exorno de balcones y terrazas, exultantes de flores y plantas. Junto al único carril para vehículos, otro para bicicletas.

Dos personas mayores y un niño, con la alegría reflejada en sus rostros, circulaban por el correspondiente carril debidamente protegido, mientras un vehículo, pintado en tonos verdes, ocre y azules, con diez o doce asientos, en ese momento hacía una ligera parada a la puerta de los Multicines; se apearon cuatro o cinco personas y subieron otras tantas, tras lo cual reanudó su marcha. ¡No podía creer lo que mis ojos estaban viendo!

Me asomé hasta Recogidas y, ¡oh maravilla! la calle se había transformado en gran parque: sus árboles daban sombra a las aceras y a los carriles protegidos para bicis. Por la parte central circulaban, a prudente velocidad, unos pocos vehículos de uso público. En determinados sitios unos discos indicaban prohibición de circular de las 10 a las 22 horas. Me encontraba ante un caso de peatonalización temporal de la ciudad; un gran avance para la humanización de las ciudades. Por fin el medio estaba sirviendo de solaz al hombre, en lugar de, como hasta ahora, condenar al hombre a la tiranía del medio.

Loco de alegría volví sobre mis pasos. Quería subir al piso para hacer partícipe a mi mujer tan insólito descubrimiento. Enseguida me pondría a escribir un artículo para contar el profundo cambio observado, olvidándome de la pesada y larguísima campaña electoral. ¿A que gobierno deberíamos esa rápida y agradabilísima transformación de nuestro entorno ciudadano?

Mientras subía en el ascensor pensaba que título le daría a mi artículo y, con cierta perplejidad, este fue el que afloró a mi memoria: "No me digas que fue un sueño".

Publicado en LA CRONICA jueves 1 Junio 1995 pg 4.